



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN HUMANA

ETAPA II - AÑO 1º

TEMA IX

«ESCENARIOS DE LOS VALORES»

ITER PARA EL ESTUDIO DEL TEMA

- I.** OBJETIVOS
- II.** PRESENTACIÓN
- III.** PARA LA REFLEXION Y EL DIÁLOGO
- IV.** ORACIÓN

ESCENARIOS DE LOS VALORES

Elaboración: A. Ibarz

OBJETIVOS

- Tomar conciencia de diversas situaciones en relación a la vivencia de los valores.
- Analizar la importancia del rol de los valores en la persona, la cultura y la religión.
- Recordar algunos principios básicos para la educación de los valores.
- Favorecer un nuevo impulso y compromiso educativo en la formación de valores.

PRESENTACIÓN

La aproximación contemporánea sobre los valores tiene diferentes y complementarios accesos. Por una parte, los diversos estudios sociológicos han tomado el pulso al denominado “cambio o de valores” a base de explicitar la transformación personal y social que ha acontecido en este ámbito¹. Otras reflexiones se han centrado en describir las tipologías de valores intentando explicar -en primer lugar- qué son y -a continuación-, desarrollar los contenidos a los que hace referencia cada uno de ellos². Estos últimos decenios se ha constatado un ingente esfuerzo bibliográfico que se ha centrado en la educación de los valores y que ha tenido en la escuela su principal protagonista.

El acercamiento a este tema se centra fundamentalmente en tres apartados. En primer lugar, se intenta sintetizar cuál es la situación generalizada frente a los valores y frente a la educación en valores. En definitiva, en qué situación «emocional» nos encontramos. Posteriormente se analizan tres importantes escenarios para comprender la importancia del rol de los valores. Esto es, los valores en relación a la persona, la cultura y la religión. Finalmente, se proponen una serie de principios y criterios para mejorar las prácticas educativas en el ámbito de la formación en valores.

PARA LA REFLEXION Y EL DIÁLOGO

1. Valores y «estado emocional»

La situación que más identifica nuestro estado ante los valores es el *shock* o «choque». Sí, un choque derivado del cansancio por la continua verborrea sobre el tema. Porque tenemos más que síntomas para pensar que el enorme esfuerzo realizado a través de la educación en valores -vistas las conductas de muchos adultos, jóvenes y niños- no ha servido de mucho. Por el desconcierto derivado del pluralismo y la globalización. Choque, porque muchos de los que deberían ser referentes - políticamente, empresarialmente, deportivamente o religiosamente, por decir algunos ámbitos-, han dejado de «valorar los valores» y se dedican a la práctica de los contravalores. Y porque, a pesar de todo, seguimos afirmando con contundencia que esta crisis, más allá de la crisis económica, es de valores. Y, también, porque todos queremos ser un poco redentores, es decir, educadores o profesionales con valores mientras que la universidad prácticamente ha dimitido de esa formación. O porque a menudo los padres estamos muy interesados en la educación en valores de los hijos pero desconectamos de sus actividades y compañías durante el fin de semana.

¹ Son significativos los trabajos de: *European Values Study (EVS)*; organismos especializados de las diversas Comunidades Autónomas; CIS; autores como Javier ELZO y Fernando VIDAL; Fundación Santa Mará; Fundación de Ayuda contra la Drogadicción; revista *Misión joven*.

² Son de referencia autores como: Adela CORTINA, J.M. GONZÁLEZ-ANLEO, Octavi FULLAT, José Antonio MARINA, J.M. QUINTANA CABANAS, Francesc TORRALBA, etc.

Choque, porque cuando hemos percibido la crisis de valores como crisis de transmisión nos han explicado muy bien que la clave en un contexto plural no es qué valores deben transmitirse sino como se aprenden. Y, más recientemente, sea por la teorización o por falta de las repercusiones se nos invita a recuperar y practicar la virtud. Choque, porque el campo conceptual se ha convertido en un inmenso «gallinero» y ya no sabemos muy bien si los valores son personales, culturales o universales. A menudo la defensa acérrima de la universalidad de los valores choca con el contrapunto de las noticias de los medios. Choque, porque seguimos preguntándonos si son estáticos o dinámicos y los listados de las tipologías van en aumento contraponiendo los finalísticos con los instrumentales y, al mismo tiempo, enunciando largos elencos -estéticos, espirituales, económicos, culturales, jurídicos, morales, sociales, deportivos, etc.- Choque, porque hablamos de valores y ya casi nunca hablamos ni identificamos ni el bien y ni el mal.

El diagnóstico de «choque emocional» es claro y los efectos variados. El principal, una especie de incapacidad de reacción ante todo este panorama y de falta de comprensión del fenómeno en su complejidad. Algo similar a un no creer lo que está pasando, ni saber qué hacer, por dónde recomenzar etc. Compartimos un ambiente de embotamiento, perplejidad, etc. ¿Aturdidos, tal vez? La tentación de mover ficha de forma espasmódica está a la vuelta de la esquina. Convendrá prever cómo proseguimos con nuestra inquietud educativa. Para ello resulta necesario conocer el rol de los valores en distintos escenarios fundamentales y asumir algunos criterios clave en la formación de los valores.

2. Valores y persona

El tratamiento de la cuestión de los valores con una cierta independencia y una cierta sistematización, así como, el acercamiento multidisciplinar es relativamente reciente. En efecto, no es exactamente que no se haya desarrollado una reflexión sobre los valores sino que tradicionalmente ésta estaba situada en un marco más general como, por ejemplo, la metafísica, la ética o en relación a su función social en la sociedad. La axiología, como discurso sobre los valores se inició a finales del siglo XIX. Esta nació a raíz de los binomios objetivismo y subjetivismo, el análisis de su genealogía y, en especial, a partir de su relación con el hombre y su actividad. En este contexto -de obligada referencia - existen dos aportaciones que constituirán dos mundos referenciales. La axiología subjetivista -los valores son relativos a cada sujeto- de la escuela de Viena y los axiólogos estadounidenses. J. Dewey (1859-1952) y su naturalismo filosófico es un buen ejemplo ya que propone que el conjunto de valores que va adquiriendo el individuo sigue los intereses que éste perciben en las situaciones significativas concretas. En definitiva, los valores son una aspiración resultado de un proceso natural que se convierte en un factor para la observación y la elección en el actuar. La contraposición la tenemos en la axiología objetivista liderada por axiólogos alemanes. Cabe destacar M. Scheler (1874-1928) que introdujo tres grandes elementos: la dimensión objetiva y a priori de los valores; su polaridad -todos los valores se organizan en sentido positivo o negativo, por ejemplo sano-enfermo - ; y su jerarquía -ordenación de los valores en cuatro grupos- (religiosos, espirituales -estéticos, jurídicos e intelectuales - vitales y hedónicos). Y a partir ahí una extensa contribución de varias generaciones de autores que han propuesto una pluralidad de sistemas, jerarquías y escalas de valores.

La noción de «valor» propia del ámbito de la economía, así como, la transformación de la sociedad y de las culturas han favorecido una recuperación del pensamiento sobre los valores. La antropología cultural, la sociología y la educación han convertido los valores en un tema universal. Y, en especial, el deterioro de la vida humana y la deshumanización de muchas actitudes y conductas han urgido la formación en valores. Parece, pues, que ya disponíamos de un importante patrimonio sobre los valores pero no los habíamos considerado suficiente de manera práctica y operativa. En cualquier caso, la primera e inexcusable referencia es la persona y, por ello, nos centraremos sobre todo en el análisis del rol de los valores en el ser humano. Además de la importancia para la persona humana, muy recientemente, también, muchas personas jurídicas -instituciones, organizaciones o empresas- han introducido los valores como parte del ADN de su estilo y su identidad. Lo cual no hace más que confirmar la importancia de los valores en la contemporaneidad.

Los valores no son bienes en sí mismo sino una consecuencia de estos bienes para la persona. Aquí radica uno de los problemas típicos, el confundir el bien con los valores. En efecto, los valores son principios o cualidades que hacen que algo sea estimable, prioritario o altamente significativo. Forman parte de lo que define y configura nuestra identidad y dan calidad a un proyecto de vida. Configuran la personalidad de cada individuo, es decir, personalizan, porque nos obligan a identificarnos. Cuando decimos que son significativos queremos decir que se pueden elegir, que es necesario que se comprendan y que se interioricen -en su sentido y su implicación- ; que se vinculen a la vida a través de las actitudes, las conductas, los hábitos o las normas, y que queremos explícitamente que formen parte de nuestra identidad por lo que deberán enraizarse en todas las dimensiones del ser humano. Los valores permiten situarnos y orientarnos en el mundo y en la vida. Juegan un papel fundamental en la formación de la persona y colaboran a establecer una buena relación con los demás y con el entorno y, de manera muy importante, en las relaciones humanas y con la naturaleza. Al compartir determinados valores nace un vínculo fuerte o muy fuerte con el grupo o la comunidad con la que socializamos los valores. Ponen a prueba la calidad de nuestra vida, de nuestro proyecto y nuestra autenticidad. Sirven para preguntarnos sobre nuestra coherencia. Es evidente que determinados valores colaboran en gran medida a humanizar la vida, otorgan esperanza y promueven el compromiso. En definitiva, son el referente de nuestro comportamiento ético.

3. Valores y culturas

La cultura es el gran medio para la humanización y las culturas son sistemas complejos de memoria, identidad y producción que disponen de una configuración determinada con elementos distintivos en el espacio y el tiempo. Las culturas ejercen unas funciones fundamentales para el ser humano tal como la orientación, la identidad o el desarrollo. Así pues, toda cultura tiene un sentido de patrimonio o de herencia y, al mismo tiempo, de condición de posibilidad para la evolución y la supervivencia en el futuro. Una cultura es el conjunto de las producciones de un pueblo y, también, el factor de crecimiento del espíritu humano por la capacidad que ésta posibilita en cada individuo. Porque es un "sistema", cada cultura fundamenta un pueblo (dimensión fundante), lo organiza (dimensión orientadora y reguladora), y lo hace crecer (dimensión productiva). Es, especialmente, en esta segunda dimensión donde encontramos los valores -estéticos, éticos, económicos, políticos, etc . - compartidos por una cultura determinada. Esto no significa necesariamente que la totalidad de la comunidad desarrolle una misma integración o asimilación de los mismos valores. Quiere decir, en positivo, que en la compleja relación cultura y persona (somos resultado, transformadores, integradores, productores y transmisores) existe un *corpus* de valores que favorece la conexión viva y valiosa con la tradición con la que se puede entrar en diálogo. Que facilita la creatividad e interacciona los cambios y que gestiona el diálogo y la influencia con otras culturas. Cuando pensamos en una cultura determinada siempre tenemos en mente una serie de valores a la cual atribuimos. Así, por ejemplo, a estas alturas y a pesar de la globalización y de una cierta homogeneización, aún hablamos de Oriente y de Occidente, es decir, de culturas orientales y culturas occidentales y, en definitiva, de valores orientales y occidentales.

En cuanto a nuestro contexto los expertos dicen que nosotros somos hijos de unos paradigmas culturales específicos y, por tanto, de unos valores. Muy probablemente, en Europa, los grandes debates sobre la cultura posmoderna y los valores de la posmodernidad no lo sean por sí mismos sino por una cierta tensión, añoranza o pérdida de nuestras raíces. Sin duda, hoy y aquí, la huella de Grecia y Roma, del Judaísmo y del Cristianismo y, también, de la Modernidad han configurado y siguen configurando el mundo de nuestros valores.

Grecia nos aportó, entre otros muchos -el valor del pasado, la memoria, la visión científica, el conocimiento, la ciudad, la democracia (aunque no universal!), la filosofía, la poesía, etc. Roma ha contribuido -por citar algunos ejemplos significativos- con el valor del presente, la técnica, la eficacia, la perseverancia, el derecho, la representatividad, la individualidad, el placer como sensibilidad, etc. La tradición bíblica con las aportaciones del judaísmo y el cristianismo han nos enriquecido con el

valor de la historia y del futuro, la profecía, la esperanza, la libertad, el amor, la creación, la dignidad, la salvación, el sentido de pueblo y de la comunidad. Finalmente, la Modernidad ha subrayado el valor del hombre y de la razón, la evolución y el progreso, el método científico, los grandes relatos, la economía y la producción, la igualdad, las reformas y revoluciones, la perspectiva enciclopédica o holística, lo universal, la autoresponsabilidad, la utopía, el trabajo, la lectura, etc.

En un entorno contemporáneo de la llamada postmodernidad se ha producido un profundo cambio de valores emergiendo entre ellos la hipervaloración del individuo, la provisionalidad, la subjetividad, lo fragmentario, lo relativo, la diversidad, lo particular, el placer, el presente, la emoción, la fiesta, la pantalla (imagen o la estética), la red, la ética del derecho más que una ética del deber, la tolerancia, el cambio, la velocidad, la información, la tecnología, el consumo, el tiempo libre, etc., Además, según los sociólogos contemporáneos, los valores se han vuelto flexibles -es decir, adaptables a cada circunstancia- y enormemente plurales. En este contexto y, muy especialmente, desde Europa, la crisis debe servir para construir un nuevo futuro repensando cómo gestionamos los valores de nuestro legado (¡que no es pequeño ni banal!) y el cómo dialogamos con otras culturas y, por lo tanto, con otros valores. Precisamente, las culturas nos muestran -en todos los casos- que la función orientadora y reguladora de los valores supone un verdadero «motor» para la colectividad. Y eso no se puede despreciar.

4. Valores y religiones

El interés y la preocupación contemporánea por los valores -muy evidente en el mundo escolar, la familia, la política, la convivencia ciudadana...- podría favorecer un exceso de celo sobre la aportación de las religiones en este ámbito y provocar un desenfoque falta de realismo. Hay, pues, un esfuerzo de equilibrio y recordar de una manera sencilla que lo más nuclear o más genuino del fenómeno religioso y de las tradiciones religiosas no es lo que habitualmente identificamos con los valores. Efectivamente, la fenomenología de las religiones ha situado en su centro la apertura al misterio, la propia experiencia religiosa o -si queremos y para recuperar la etimología- , la capacidad de «re-ligación» con una realidad que se considera suprema. Por otra parte, la educación y el compromiso por los valores deriva de la dimensión ética y de la capacidad de elegir de la persona, por lo que puede resultar frecuente su praxis al margen de la religión. Dicho esto, ¿significaría que la religión y los valores no tienen ningún vínculo? ¿Implicaría que las religiones no hacen ninguna aportación al mundo contemporáneo con relación a los valores? Es en este ámbito donde debemos hilar fino y redescubrir el grueso de los valores en el marco de las religiones. Proponemos cinco consideraciones.

Desde la perspectiva de la práctica religiosa, la Realidad Suprema ya es en sí misma un valor. Y no cualquiera. Brahma, Alá o Yahvé, etc. se configuran para los creyentes como algo performativo, orientador, deseado, priorizado... Para el hombre religioso, Dios- o lo divino - es el principal valor. Ahora bien, para la religión es religación, la experiencia religiosa tiende progresivamente a vincular al individuo con el Absoluto. Entonces, este proceso tiene la peculiaridad de convertirse en algo holístico. Es decir, la persona concreta -y su vida- queda cada vez más «concernida» y cada vez más «entretrejida».

En un mundo velozmente cambiante, las tradiciones religiosas nos enseñan la permanencia de determinados valores que han identificado su praxis. No tenemos ninguna duda de la necesaria apertura a nuevos valores, pero determinados legados evidencian su enorme importancia y consistencia. El hombre y la mujer no pueden vivir humanamente sin determinados valores. Por ello, la aportación de las religiones es fantástica. Años, décadas, siglos, anunciando, testimoniando o reivindicando la vida, el prójimo, la compasión, la belleza, la esperanza, etc.

En este sentido y sin menospreciar la aportación de cada tradición, se podría hablar de una cierta sabiduría, especialización o remarca de cada una de las grandes religiones. Así -sólo por citar algunas ejemplificaciones- , el hinduismo es líder en la promoción y vivencia de la diversidad, la tolerancia, la espiritualidad, el respeto por la naturaleza o la austeridad; el budismo lo es de la armonía, el

autocontrol, el silencio, la paz y la compasión; el judaísmo ha fomentado con creces el valor de la palabra, la memoria histórica, la libertad, la esperanza, el sentido colectivo; el cristianismo ha desarrollado con especial énfasis la estimación al prójimo, la caridad, el sentido comunitario, la dignidad humana y el respeto por la vida; el islam ha mostrado con suficientes evidencias el valor de la estética, la igualdad, la solidaridad, la constancia y la sencillez .

No es ninguna rebaja una cierta secularización de los valores producida por un proceso cultural general de autonomía del mundo respecto a las religiones. Al contrario, esto es indicador de dos cosas muy importantes. Los mismos valores -la fraternidad o la igualdad, por ejemplo- , también son justificados desde otros argumentos, pero, en definitiva, siguen siendo valores. Y precisamente, esta nueva reivindicación -más allá de una exclusiva connotación religiosa- , favorece la aparición de espacios de posible encuentro para la reflexión o la acción a partir de los valores. En un mundo con situaciones y problemas complejos, las religiones tienen un extraordinario potencial de convergencia desde los muchos valores comunes para realizar una importantísima contribución en la resolución de conflictos y en la mejora objetiva de nuestro mundo.

Las religiones no han aportado sólo una lista de valores. A menudo lo más seductor de las tradiciones religiosas es la radicalidad con la que proponen vivirlos. En el contexto de la experiencia religiosa, los valores no desligados de una manera de entender la espiritualidad o de un estilo de vida donde el ser está llamado a un crecimiento, una maduración, una mejor praxis. Las grandes religiones han aportado una visión de los valores como principios orientadores, pero uno de sus mejores regalos ha sido el testimonio personal de hombres y mujeres que los han vivido desde una radicalidad impresionante, cautivadora y referencial. Mujeres y hombres íntegros, modélicos, comprometidos. Con una seducción fuera de medida. Aquellos testigos que necesitamos cuando queremos señalar que vale la pena vivir de determinadas maneras o cuando deseamos presentar lo que significa vivir como persona.

5. Valores y educación

Hay que reconocer en estas últimas épocas un inmenso esfuerzo y una gigantesca dedicación a la educación en valores, especialmente, en el ámbito de la escuela. Basta, por ejemplo, explorar en internet, la bibliografía reciente o los propios proyectos educativos de los centros. Con todo, si bien nos encontramos con experiencias puntualmente satisfactorias, la mayoría de la comunidad educativa comparte una sintomatología que se podría resumir con el desencanto. En este momento resulta fundamental una referencia a tres aspectos para intentar mejorar esta situación: 1) La constatación del pluralismo de valores como contexto decisivo de esta educación; 2) Más allá de qué valores transmitir, el cómo se aprenden considerando la evolución del desarrollo para superar una socialización y llegar a una personalización de los valores; 3) y finalmente, ¿qué valores? Sobre todo, valores universales, culturales y personales.

El pluralismo de valores y los valores en una sociedad pluralista está suponiendo un entorno decisivo en la educación porque por una parte genera unos «anticuerpos» y, por otra parte, pone sobre la mesa una nueva clave educativa. Algunas reacciones duras y en contra son bien conocidas: el pragmatismo - la vida tiene un componente práctico que necesita una constante adaptación y flexibilidad sin referentes-; el fundamentalismo - que enroca la posición personal como única verdad-; el eclecticismo -todo se integrable y se puede hacer compatible según como se gestione-; el cinismo -todo va tan rápido y todo se hace de tantas maneras que todo vale-. Estamos pasando de un entorno rígido y homogéneo a una situación de enorme dinamismo y pluralismo. Y esto, que se puede interpretar como una crisis, no es sino en un nuevo valor en el sentido de que el pluralismo reordena un nuevo paradigma y éste se puede asumir también como valor. Es decir, actualmente, podemos reconocer otros valores sin compartirlos o sin estar obligados y esto supone todo un reto. Este es, sin caer en las trampas anteriores, el gran *handicap* para las actuales y futuras generaciones.

En nuestro entorno y con referencia a la historia de la educación en valores a menudo se ha puesto más pasión y voluntarismo que conocimiento. En efecto, la formación real de muchos educadores sobre el

desarrollo moral es escaso por no decir casi nulo. Y esto ha provocado algunas limitaciones. Cabe recordar, por ejemplo, que los valores estrictamente hablando son cualidades abstractas y en este sentido difícilmente pueden ser significativos si no se ha llegado a la etapa donde se desarrolla y consolida el pensamiento abstracto. Evidentemente, se puede hablar de valores pero entonces se deberá hacer referencia a cosas prácticas como las normas, los hábitos, las actitudes, las causas y los efectos. Es esencial recordar que el proceso evolutivo de los seres humanos –en cuanto al desarrollo moral- se inicia en una situación de anomia para pasar a una etapa de heteronomía y aspirar alcanzar una situación de autonomía. Por tanto, el proceso de la educación en valores tiene en la educación primaria un escenario acotado a limitadas posibilidades que hay que seguir trabajando en la secundaria y en la universidad. En los primeros años de vida, la formación de los hábitos, la presentación y cumplimiento de normas, el referente de los adultos, el conocer cómo han vivido algunos valores personajes relevantes etc., es fundamental. En la infancia avanzada, el diálogo, el pacto sobre un acuerdo y su cumplimiento, el análisis de los valores subyacentes en actitudes y comportamientos, etc., es básico para la regulación de la conducta. Más tarde, el propiciar el conocimiento y la selección de valores en el marco del proyecto de vida y, en especial, la fidelidad a éstos como autoexigencia.

La transmisión de los valores no puede situarse hoy como una pura socialización. Para el pluralismo y el acento contemporáneo que privilegia al individuo piden sobre todo una personalización. Con esto se quiere decir un trabajo personal consistente en una exploración, selección, interiorización y jerarquización de los valores. Cada uno bajo la guía del educador, para que la formación en valores no sea simplemente epidérmica. Esto supone un «viaje», una «construcción» y algunas «remodelaciones o adecuaciones» con la intencionalidad de otorgar solidez a la vida personal. Este itinerario puede resultar un poco farragoso porque supondrá explorar y contraponer un montón de valores «atractivos» que inicialmente provendrán de entornos externos pero que deben tender a una opción autónoma, es decir, libre, consciente y coherente. En definitiva, los valores no se deben enseñar bajo una definición sino como una llamada a una vida más plena y auténtica.

En el momento actual tenemos tres sectores prioritarios en cuanto a los valores como contenidos educativos: los universales, los culturales y los personales. Debemos vivir como ciudadanos procurando una vida de reciprocidad y ciudadanía y esto requiere garantizar unos mínimos básicos. En forma de derechos o de deberes, como garantía de la dignidad inherente a toda persona humana, etc. se debe propiciar una educación en aquellos valores que consideramos favorezcan unas condiciones mínimas de convivencia. Los valores subyacentes en la Declaración Universal de los Derechos humanos es una buena referencia. Debemos, también, crecer reconociendo nuestra identidad y ésta pasa por una herencia y por un presente comunitario que comparte unos valores culturales que han colaborado de manera no pequeña en el desarrollo de nuestro pueblo. Estos valores que han servido de orientación, de referencia y de identificación podemos -hoy más que nunca en un contexto de crisis-, ser muy útiles. Finalmente, los valores personales que debe ser la propuesta de un diseño de máximos, es decir, la elección y vivencia de unos valores que vayan configurando el propio proyecto personal en las diversas dimensiones del ser y en los diversos escenarios de la vida. En ese ámbito podrían ser propuestas sugerentes la priorización en la racionalidad, la competencia personal, la tolerancia activa, la solidaridad, la espiritualidad, la utopía para una sociedad mejor, la vocación, etc. En este proceso formativo y para cualquier valor de los tres ámbitos o sectores resulta decisiva la comprensión intelectual del sentido del valor en sí, la adhesión o empatía emocional al valor, el testimonio del educador a través de su convicción y de una visibilidad práctica y, finalmente, la exigencia (autoexigencia) al compromiso que supone el valor.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO y EL COMPROMISO

- 1.- ¿Cómo ha sido mi educación en valores? ¿Qué aspectos positivos y qué limitaciones he vivido? ¿Cuáles han sido los principales agentes de la educación en valores? ¿Cómo continúo formándome en valores?
- 2.- ¿Cuáles son los valores universales, culturales y personales más significativos para mí? Puedo hacer un decálogo o una “pirámide” de mis valores? ¿Con qué valores de la modernidad y de la postmodernidad me identifico más?
- 3.- ¿Considero que los valores son orientadores y referenciales en mi vida? ¿Tengo muestras fehacientes de ello? ¿Podría poner ejemplos?
- 4.- ¿Qué valores iluminan el estilo salesiano?
- 5.- ¿Qué podríamos acentuar en el ámbito de nuestras familias, escuelas, centros, oratorios, etc., para desarrollar un escenario propenso a la formación de determinados valores?
- 6.- ¿Cómo se dialoga sobre los valores?

ORACIÓN

En la reunión de grupo uno de los matrimonios debe orientar y animar la oración

Opción A)

Mt 20, 1-16 Parábola de los trabajadores de la viña

¹ “El reino de los cielos se puede comparar al dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. ² Acordó con ellos pagarles el salario de un día y los mandó a trabajar a su viña. ³ Volvió a salir sobre las nueve de la mañana y vio a otros que estaban en la plaza, desocupados. ⁴ Les dijo: ‘Id también vosotros a trabajar a mi viña. Os daré lo que sea justo.’ ⁵ Y ellos fueron. El dueño salió de nuevo hacia el mediodía, y otra vez a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. ⁶ Alrededor de las cinco de la tarde volvió a la plaza y encontró a otros desocupados. Les preguntó: ‘¿Por qué estáis aquí todo el día, sin trabajar?’ ⁷ Le contestaron: ‘Porque nadie nos ha contratado.’ Entonces les dijo: ‘Id también vosotros a trabajar a mi viña.’

⁸ “Cuando llegó la noche, el dueño dijo al encargado del trabajo: ‘Llama a los trabajadores, y págalos empezando por los últimos y terminando por los primeros.’ ⁹ Se presentaron, pues, los que habían entrado a trabajar alrededor de las cinco de la tarde, y cada uno recibió el salario completo de un día. ¹⁰ Cuando les tocó el turno a los que habían entrado primero, pensaron que recibirían más; pero cada uno de ellos recibió también el salario de un día. ¹¹ Al cobrarlo, comenzaron a murmurar contra el dueño. ¹² Decían: ‘A estos, que llegaron al final y trabajaron solamente una hora, les has pagado igual que a nosotros, que hemos soportado el trabajo y el calor de todo el día.’ ¹³ Pero el dueño contestó a uno de ellos: ‘Amigo, no te estoy tratando injustamente. ¿Acaso no acordaste conmigo recibir el salario de un día? ¹⁴ Pues toma tu paga y vete. Si a mí me parece bien dar a este que entró a trabajar al final lo mismo que te doy a ti, ¹⁵ es porque tengo el derecho de hacer lo que quiera con mi dinero. ¿O quizá te da envidia el que yo sea bondadoso?’

¹⁶ “De modo que los que ahora son los últimos, serán los primeros; y los que ahora son los primeros, serán los últimos.”

Opción B)

Con el soporte y la ayuda de la página <http://www.webdepastoral.salesians.info/> cada matrimonio del grupo prepara una oración relacionada con los valores que realiza y comparte al finalizar el trabajo de preparación del tema.